



VIVOS

TILINGOS Y

LOCOS LINDOS



FRANCISCO GRANDMONTAGNE

Ilus. de Giménez.

Giménez

Francisco Grandmontagne

ILUS. de Giménez

VIVOS

TILINGOS Y

LOCOS LINDOS

Casa Editora «Revista Nacional»

1901



Crantmontagne

LOS VIVOS



Un vivo

LOS VIVOS

—

A Belisario Roldán (hijo).

Tiene entre nosotros la viveza, amigo Roldán, absoluto poder de desalojo. Es el bajo similar intelectual y moral venciendo al oro puro de las facultades más altas. Por esto es tan formidable aquí el poder de la mediocridad. El despejo vence al talento, el listo al sesudo, lo curvo á lo rectilíneo, lo blando á lo duro. Todo alto empeño acaba aquí en estrellamiento seguro, en medio de la sonrisa de la viveza general, de todo el ámbito social hecho viveza. Los anhelos de un corazón bien puesto, de un amplio espíritu y de un cerebro de vuelo quedan siempre eclipsados por la viveza triunfante. Lo augustino

vence con lo agudo á lo augusto, como diría Gracián.

Nadie persigue aquí el triunfo duradero, conformándonos con la hazaña, caricatura de la victoria. Y todo lo bajo es factible á los hazañosos, porque es la hazaña ave de uñas largas y alas cortas. Nadie tiene aquí instintos de ascensión á lo remoto, vigores hacia las más lejanas alturas. No es el águila el símbolo de nuestro espíritu, sino el azorillo. Nos parecemos á las aves de pampa en que todas son de vuelo rastreador. Ninguna sube á nutrirse del alado mundo que vive en las más altas nubes, prefiriendo la carroña tendida en el suelo. Así las tullidas alas del vivo no se levantan de á ras de todo lo asequible, sobre todo lo inmediato y transitorio, al nivel de las pisadas humanas. Y es que no tiene genio el vivo para ser realmente ambicioso; se ceba en todo lo cercano, en sólo lo que

cae bajo el estrecho radio de los ojos de la viveza. No llega su espíritu más allá de los alcances de su vista. Todo deseo vive y muere en sus ojos.

El espíritu cazurresco de la inmigración sólo ha producido una casta de sagaces, de vivos.

La actual generación, fruto de cruza rápidas, de mezclas violentas, compuesta en lo orgánico de distintos tonos de sangre, y en lo moral de ansias de oprimidos y desnudos, ha resultado una raza débil, inquieta y alegremente escéptica, expresión espiritual, como dice Nietzsche, de cierto estado fisiológico que en lengua vulgar se llama debilidad de nervios. Carece el nuevo tipo de armonía, de robusta estructura espiritual, de serenidad; su ánimo es de corto aliento, queriendo traer el porvenir al día, en lugar de estirar el día al porvenir; impulsivo á minutos y pando por horas; una voluntad quebrada á

cada rato, enfermiza y blanda; una organización cerebral fosforescente, ágil y rápida, pero sin hondos sedimentos, ni tendencias á lo profundo, á llevar la reflexión á lo abismático, á las raíces mismas de la vida. En una palabra: la penetración ligera, mariposil, de la viveza.

El hombre de presa, basto y duro, se ha transformado, al reproducirse, en un tipo afinado, escurridizo, ductil. El jabalí se ha vuelto zorrino. La arremetida del bárbaro se ha trocado en escurrimiento sutil. La oscuridad cerebral, la dureza de meollo, se ha transformado en agilidad superficial, en brillo de fuego fatuo. La corteza se ha hecho película.

Y es objeto de vanidad nuestro repentismo mental, el *barajarlo todo en la uña*, sin calcular que sólo á lo somero alcanzan nuestras uñas. Toda nuestra confianza de ascensión está en la uña, y no en el ala; nadie, por lo tanto, sube volando, sino ga-

teando. Porque aquí, donde toda la Naturaleza invita á la carrera y al vuelo, sólo á la rastra sabemos andar. A las amplitudes naturales de cielo y suelo hemos opuesto Buenos Aires, este imposible conglomerado humano, donde la viveza se debate con la viveza en la concurrencia social, eliminando á la fuerza franca y viril, á toda expansión generosa y á todo alto anhelo.

En la viveza, en esta facultad tan asequible y ramplona, reside casi en absoluto la descomposición corrosiva de todo el organismo social, de nuestro extraordinario descrédito como entidad nacional, de la inmensa perturbación que debiera afligirnos á tener algo más vivo el culto del honor colectivo.

La viveza, amargo es decirlo, nos ha llevado á la degeneración más absoluta de la inteligencia, al más completo achatamiento espiritual, á un lamentable descenso del carácter. De la viveza

ha salido eso de «fumarse á todo el mundo», el engaño admitido y aun celebrado como golpe de despejo. Mientras sea la viveza la facultad individual más aplaudida, no hay que esperar se depure nuestro ambiente pútrido, confuso, mixtiforme, resaca de aluvión.

«Es un mozo vivo». El recomendable concepto está lleno de malas interioridades, de inconfesables aptitudes; es el único atributo de nuestros vencedores. ¡Oh, ser vivo! Es nuestro culto, la sal de nuestro espíritu, la pobre facultad que procura todos los éxitos en nuestro blando mundo, un mundo verdaderamente evangélico, es decir, de barro, propicio, por lo tanto, al escurridizo nado de las anguilas, símbolos del vivo.

La viveza es rica de pobres cosas; su horizonte acaba en los aleros de los tejados. Con ella se logran todos los florecimientos que culebrean por el suelo;

su ruta es el subterfugio, las veredas de la sagacidad, los caminos tortuosos, en cuyo recorrido se transforma el hombre en vulpeja. Todo el hilar de los vivos es *mundología* menuda, astucia conejil, bríos de ardilla. Tienen el culto de lo pequeño, de lo fácil y transitorio; su voluntad de ascensión no se inicia desplegándose sino enroscándose. Hay algo más despreciable que el imbécil: el vivo.

Y nuestro mundo, tristeza da que así sea, es de los vivos. Debe valer muy poco nuestro mundo. No hay en él grandes pasiones, afanes impetuosos, ideales inasequibles. Nuestra meta está en la punta de los dedos. Por esto caen todas las conquistas bajo el imperio de la habilidad de los vivos, hurones del utilitarismo fácil, escarba-dores de todo lo mediocre. Sólo en mundos supérfluos, blandos, sin carácter, mundos mosquiles, pueden florecer los vivos. esta

especie de candongos que representa la mayor perversión del espíritu humano. Es preferible vivir en los montes que entre los vivos. Todo lo rebajan al nivel de sus hazañas; son los explotadores de todo lo inferior, de todo lo pobre de alma, de todo lo corto de talla.

Viven los vivos en frío, al acecho de toda debilidad, de todo descuido, de todo alto ensueño. Su realidad es una realidad repugnante, un positivismo de halcón.

Quisiera ¡oh, sí! quisiera poseer la virulencia epigramática de Salustio para anatematizar la viveza, plaga moral de la sociedad en que se ha formado mi corazón y mi mente. A nada profeso tan exaltado rencor, tan profunda inquina. En ella creo ver la causa madre de este fracaso colosal de nuestra existencia colectiva, de este desquicio de nuestra vida interna ó espiritual y de la externa ó económica.

La viveza, la falta de gravedad meditativa, de serenidad espiritual, nos ha hecho disolutos en todas partes, en la vida doméstica y en la vida pública. Nos ha convertido en cultores del engaño admisible, de la improvisación fácil, del agiotaje más desenfrenado. Y el agiotista, — oíd á Carlyle, — « no tiene patria, como no sea su propio pozo negro del agio.»

La viveza, concussionaria en política, se lo ha comido todo en agraz, hacienda pública, bancos, territorios fiscales. Todo ha muerto al nacer, llevándonos á la decadencia en el principio de la vida. Ella, la viveza, nos ha producido para llegar á ser una raza de licenciosos orgiastas, de rijosos, sin más ideal que el zapato de charol y la hembra; una raza impaciente, exaltada, de exasperados, blandos de médula, de estrechas aspiraciones y de porvenir quebrado. Creo que la sinceridad depura.

Nuestra política de vivos es la más cara del mundo, y, por lo mismo, la peor, la más corruptora. La viveza de cualquiera de nuestros políticos de influjo cuesta más á la República Argentina que al imperio alemán todo el talento de su ministerio. Y cuando es muy productivo el ejercicio de la política, y solo por vivo se llega á ella, conviértese en ideal del tipo inferior el erigirse en conductor del pueblo, desalojando al hombre superior que se aísla por no mezclarse en las bajas luchas á que el hombre inculto é indocto reduce la actividad política. De aquí nuestro caciquismo audaz, agresivo, ignorante, chato y bárbaro. Porque la medianía, como dice Benjamín Constant, sólo es pacífica cuando es impotente; pero cuando el azar reúne muchas medianías y les llega á investir de alguna fuerza, su medianía es más agitada, más envidiosa, más convulsiva en su

marcha que el talento, aun cuando le extravien los odios. La ilustración calma las pasiones, suaviza el egoismo y tranquiliza la vanidad. En la política provincial hay caciques, y aun aspirantes á mandatarios que desconocen hasta el silabario de la ética del Estado, los más elementales rudimentos de gobierno, una ignorancia que tira de espaldas, supina, cuya intromisión en la vida pública debía de ser cortada sencillamente por la policía.

La viveza ha democratizado, digámoslo así. todas las facultades de lucha, obligando al descenso á todo impulso de vuelo; ha rebajado la vida, clavándola á todos los empeños vulgares; ha descendido todas las metas al alcance de las carreras ratoniles.

Repito que da grima la estimación en que tiene nuestra sociedad al vivo, á ese pobre compuesto de culebra y ratón,

á cuyo paso todo cuanto pisa se empequeñece; todo se torna sumiso, raquítico, servil; nada permanece entero, rectilíneo, arrogante. En el mundo en que impera la viveza, la falsía es la cualidad del luchador, la mentira el principal recurso. Por donde pasa la viveza va la peste moral; todo lo contamina; torna el despejo en sagacidad, el valor en astucia, la rectitud en recoveco. Porque las armas superiores, un espíritu recto y un cerebro esclarecido, son ineficaces para luchar con el vivo; hay que descender á su nivel, rebajarse de inteligente á vivo, de fuerte á sagaz. No se puede pescar *peces* á garrotazos..

La viveza solo puede lucir en un mundo que no se levante del polvo. Tiene de la luciérnaga la insignificancia de su figura y de su luz. Y para que la luciérnaga luzca se necesita un ámbito cerrado en oscuridad. El sigilo de la vida del vivo me produce

escalofríos de reducción, de aniquilamiento. En el vivo vive el antípoda del hombre superior, el *mínimum-hombre*, el hombre-sanguijuela, el hombre-gusano. La ralea de los vivos es infinitamente más dañina que la ralea de los granujas, porque aquellos son imprendibles.

La viveza es humilde con todos los rangos menos con el rango intelectual. El vivo sólo es capaz de una fuerte pasión: el odio al inteligente. Le odia por lo que tiene de atento y franco vigilante; se cree siempre sorprendido por él en sus vivezas, escudriñado en sus pliegues, en sus dobles intenciones, en su mundo de sombras. Carece el vivo de la felicidad del inteligente que ejerce libremente su talento, sólo con su mundo infinito y brillante, sólo en su inmensa compañía, enajenado en las ondas de su propia vida, donde todo resplandece y le levanta de lo inferior y me-

nudo, y le anima á vivir, hablándole de las formas superiores de la existencia espiritual.

El vivo, con su naturaleza de carcoma y su alma parasitaria, procura siempre roer al inteligente. Decid en un círculo de vivos: «Fulano es una inteligencia alta; escribe muy bien, pinta admirablemente» — «¡Macanas!» — es la respuesta desdeñosa de de los vivos. Porque éstos quieren ponerlo todo á la pauta de su viveza, rebajarlo todo al nivel de su propia chatura. Es más fácil negar que comprender. Y lo mismo que aparenta desdén por el talento, dirige á las virtudes más sólidas esas festivas ironías que distingue á la moral de los crápulas. Asegura Malebranche que los estúpidos y los graciosos (hágase extensivo á los vivos) son igualmente incapaces de adquirir la verdad, habiendo, sin embargo, esta diferencia entre ellos: el estúpido la respeta y el gracioso la me-

nosprecia. La gracia del vivo es grotesco garabato; nace del fondo avieso de su espíritu, de las torcidas pasiones de su corazón, acedo como la coleragia.

¿A dónde no llegan entre nosotros los vivos? A todas partes, á la política, á la administración, al parlamento, á la riqueza, al brillo social, al doctorado, al matrimonio ventajoso; todo nuestro mundo es suyo. Se llega á cacique por vivo, á fuerza de trampas, de falsedades, de mentiras y de crímenes; porque el cacique, cuando no en asesino político, da en ladrón del Estado, ó en las dos cosas á la vez. Hay galeotes — digámoslo sin cobardías — mucho más dignos de darles la mano que á no pocos de nuestros caciques. Por vivo se va á la Administración, á llevar una vida de parásito. á dejarse mantener sin responder con trabajo eficaz y honrado á la nómina. Por vivos se hacen elegir muchos congresales de

cerebro baldío, sin reparar en su absoluta falta de condiciones para erigirse en directores de la conciencia colectiva; no tienen noción de su papel de estroza; no llega á tanto su viveza.

Por vivo, que no por culto de corazón y gallardo de espíritu, se hará notar en nuestra sociedad el conquistador de herederas, con auxilio del sastre, del peluquero y demás armadores de alfeñiques; y así, caballero barbilindo, le buscará á la novia la estancia y no el amor; y serán las faldas el regazo de su flojera, no palenque de creaciones hombrunas. Porque el vivo no puede crear más que ratones, y éstos anémicos. Por vivo, que no por estudioso y hondo penetrador, pasará el neófito de doctor rábula en sus exámenes. Y le oiréis luego celebrar con los demás vivos su hazaña. No sabía más que una bolilla y logró que le tocara, obteniendo

diez puntos, estafando así el juicio de la cátedra. Coro de vivos: «¡qué linda fumada!» Y el listo pollino, en lugar de ir para burro definitivo, va para doctor eminente; porque, una vez con el título, escamoteado en la Universidad, la viveza suplirá al talento, el enredo á la defensa, la *chicana* á la ley. Y con reputación de trapisondista y vivo tendrá numerosa clientela, porque tan degenerado está el espíritu público, que se tiene más fe en una rata tribunalesca que en un austero defensor de la razón. Si yo fuese capaz de incurrir en la miseria de una riña judicial, de manchar mi corazón y mis manos con inmundo papel sellado, de tener, en fin, algún pleito en mi vida, se lo daría á defender al chico listo que más puntos hubiera robado al juicio de sus examinadores. Mi vivo doctor haría cara, lenta y torcida á la justicia: su viveza reduciría á cedazo sutil la simbólica criba de Ana-

carsis; la ley radicaría en sus trampas; la verdad en sus sofismas. Y así contribuiría al aumento del escepticismo social, á la suma de negaciones de los que ya no creen en la honradez, ni en la Ley, ni en la conciencia, ni en género algun de solidaridad humana.

¡Oh, la viveza! Es una viña sin filoxera, una mina sin cuarzo, la facultad más triunfadora, el mérito de los méritos en un mundo afinado por la sagacidad. Es como la síntesis de todas las usurpaciones. La inteligencia, la fuerza, la virtud, todo lo desaloja en el batallar cotidiano. Es el esparavel más repleto de pesca en el turbión de la concurrencia social.

La esencia de su cualidad es mujeril; se agacha á todas las virilidades, para emprenderlo todo de soslayo; porque la viveza es siempre oblicua; no tiene frente; perfil todo; filo. Nació de la impotencia cerebral, y para

disculpar la rotura de sus alas se bautizó positivista.

En literatura el vivo es rapsodista, asimilador, glosista ó crítico; un aclopador de insignificancias propias con disfrazadas ideas ajenas; se viste desnudando. Pone máscara de fofalírica propia á sólidos conceptos extraños; diluye en su fronda una idea feliz y concreta de otro para que el vulgo culto no la pesque. Asocia y casa todas sus rebuscas para amasar esos pasteles periodísticos, híbridos y anodinos, que son el asombro de los necios. Es su cabeza bóveda en que todos los ecos retumban. Y no teniendo sonidos propios que dar, explota los ecos como sonidos auténticos. Tiene el talento de disimular el no tenerlo, viveza literaria, en una palabra.

Porque la viveza es, ante todo, la inteligencia mancada, causando averías á todo lo bueno con la mano útil. Todo manco es

mañoso, la astucia supliendo á la fuerza. La luz de la viveza son las llamas del borde del foco apagado; el centro es frío, oscuro, muerto. A la viveza se le puede aplicar, en particular, el ataque de Nietzsche al fcnido humano: «se parece á la ostra; repelente, escurridiza y difícil de cojer».

La viveza es la reducción del individuo, de todas sus potencias morales; es el espíritu alicorto, la mente tullida, el corazón cojo. Y no hay cojo bueno. El vulgar adagio es infalible, porque el cojo tiene que alargar sus malas intenciones donde no alcanzan sus cortos saltos.

La viveza es la inteligencia degradada, conciente de su rebajamiento, que es lo más despreciable que tiene el vivo.

*

No des, amigo lector, tu afecto al vivo, porque siendo siempre peligroso, lo es más cuando se

le estima. De tu afecto hará arma contra tí mismo. Al revés del inteligente, que siente placer de mente y de corazón al dar su corazón y su mente, su espíritu todo, el vivo sólo saca su viveza para dañar. Líbrate del palo del cojo y del zarpazo del manco; igualmente de las miradas bizcas. No te des á él, inteligente, no te des nunca al vivo. Utiliza tu inteligencia, créate dentro de tu fuerte talento una cualidad perversa para cazarle todas sus vivezas. Cae sobre él, por entre sombras y á desplegadas alas, como el águila sobre la ardilla, y apríetale, apríetale las garras á la garganta, estrújale, ahógale, para que no pueble la atmósfera social de mentiras y menudas hazañas.

LOS TILINGOS



Un tilingo

LOS TILINGOS

—

A Joaquín de Vedia.

El excelentísimo señor conde de Cheste, soldado y poeta (no hay trasposición), jefe además de los inmortales españoles, aunque la memoria de los hombres no guarde de él ningún acto inmortal en las letras, y sí, en cambio, muchas hazañas en la belicosa historia motinesca española de la edad moderna, podía, si á desdoro de su casticismo clásico no lo tomara el señor conde, perpetuar su huella académica incluyendo en el léxico el vocablo *tilingo*. Había por mi parte de agradecersele más que su traducción del Dante. Conseguiría una inmortalidad modesta el señor conde, general y poeta, pero só-

lida, porque el vocablo á incorporarse responde á un sér que perdurará en la especie humana tanto como la especie misma.

No hay en el frondoso castellano un equivalente exacto de tilingo. Inocente, tonto, simplón, aguachirle, pazguato, ni tantos otros, determinan precisamente nuestro tipo. Quizá pavisoso, palabra caprichosa que se me ocurre ahora, y que no creo del todo mal compuesta, llenaría, *vamos al decir*, los fines de calificación de un tipo que, siendo universal, ofrece entre nosotros alguna novedad dentro de la tontería en general. Reconozco, *empero*, ¡uf! pese á mis ínfulas de etimologista, que pavisoso no es tan exacto, ni, sobre todo, tan onomatopéico como tilingo; vamos, que es realmente insustituible. En esta clase de hallazgos es mucho más feliz el pueblo que todos los académicos juntos. Reconócenlo así éstos al ir am-

pliendo las locuciones vulgares del lenguaje con todos los aportes brotados en la calle, de lo más vivo de la vida, aunque los inmortales, para que su perenne vigilancia se note, lleven el expurgo de su ciencia filológica á todo conato de ampliación lingüística basada en el sentido fonético popular. Porque, francamente, no está bien que un acaadémico, calvo por fuera y seco por dentro de tanto investigar en las lenguas muertas y en otras muchas cosas que tampoco viven, acepte en absoluto la palabra inventada por un mortal patán. El patán á la cuadra, y el académico á la Academia ¡aún hay clases! Por ejemplo: el pueblo, el de Madrid y el de Buenos Aires, dijo *sonso*, y la Academia *explendorizó* la palabra diciendo que se diga *zonzó*. Mas el pueblo terquea con la Academia, y, volviendo á lo suyo, se empeña en no rajarse los dientes para

echar afuera esas dos zetas. Los innovadores debieron ser sin duda académicos andaluces. Lo científico ¡qué duda tiene! es lo académico; pero suele ser casi siempre lo académico una cosa muy difunta, y el pueblo, que sabe como nadie buscarle el genio á la lengua, está por lo vital, más atento á su vivo instinto fonético que á las sabias leyes etimológicas de los inmortales.

Regionalista puro, gaditano, es el ya universalizado *cursi*, vocablo popular, concreto y de enorme fuerza expresiva. No vale menos el bonaerense *tilingo*. Y... á él!

*

Recomendaba á Melibea la sapientísima madre Celestina que tuviera siempre la lengua atada con el seso. Esto es imposible al tilingo, porque no tiene donde atar su lengua, verdadera *bola sin manija*.

Todo cuanto dice carece de contenido, está ayuno de envidia y de intención. El tilingo acaba en la laringe, en la campanilla; de ahí arriba, la cabeza, es puro adorno, como el florero de trapo sobre la consola. La cabeza del tilingo se parece al bazo, órgano sin funciones conocidas, cuya utilidad ignora aún la Fisiología, y que, según Angel Ganivet, debiera ser declarado el órgano del honor.

No me atrevo á declarar reblandecido al tilingo, porque nunca tuvo nada de qué reblandecerse. Nació así, sin sal ni miga, fofo, esponjoso, sin hiel ni miel, todo bazo, *jasaura!* que diría una chula, armadora de *pitiyos*. Tras de aquella frente tersa, de blancura arrozóidea, ú orizóidea, como quiere la Academia, está el telar de la tilinguería, el gusano frío de la insulsez, el soso tejedor de pampinas.

El tilinguismo es la tontería

con cascabeles, locuaz, insustancial y aturdida. El carácter del tilingo es, por lo general, dulce, suave, inofensivo. Hay, sin embargo, una especie de tilingo inflado y altanero, fronterizo del *loco lindo*, de que hablaré luego. La casta ofrece todas las variedades de la Flora, y no digo de la Fauna en atención á la delicadeza que, comunmente, distingue á todos los tilingos.

Son éstos algo así como vidas quebradas, desprovistos de arranque, de alma quieta y apaciguado corazón, de sangre descolorida, ni tristes ni alegres, de espíritu dormido y tullida voluntad.

*

El tilingo Narciso, encantado de sí mismo, atacado de tierna filodoxia, es muy abundante entre nosotros. Todo el esfuerzo de su inteligencia, capada á cuerda de violín, se endereza á

ser notado por lo distinguido, aunque en realidad no sale del seno del montón. Es un gran desdeñoso del pueblo, de las formas vulgares de la vida; le repugna oler á plebe, escondiendo todo lo que de ella tiene; huye de lo sencillo y de lo ordinario, sobre todo, aunque nunca llegue á *extraordinario*. Cuida mucho su conversación en el aspecto externo, en la cáscara, en el término escogido y superfino, aumentando su delicadeza con una entonación exquisita, de tiple de capilla, una voz que recorre todos los sonos de la orquesta arcadiana, desde el caramillo á la flauta. La musiquilla disculpa la falta de médula en cuánto dice. Es agradable para oírle, no para atenderle; recrea el oído, no la mente. Entregado por completo al cultivo de su figura, no ha podido consagrarse á otra clase de autolabrantío más sustancial.

No lancéis delante de él ninguna expresión que gane en tono hombruno lo que pierda en delicadeza, porque pasará con ello un mal rato el tilingo; no protestará, por no descomponerse, pero en el fondo (si el tilingo puede tener alguna forma de fondo) se creará hombre superiormente dotado, hecho de pasta privilegiada, labrado á punta de gubia por los ebanistas de la Naturaleza, mientras el resto de la humanidad será para él obra de basta carpintería; se tendrá por un ejemplar de lujo en la edición á la rústica de la humanidad, como decía *Figaro* por los hombres distinguidos.

Suele ser el tilingo hombre, no, no, hominicaco muy metido en sociedad. Conoce á todo nuestro gran mundo femenil; está al cabo de todos los enlaces en ciernes; sabe cómo y en dónde se inició todo noviazgo, lo que más le gusta á él de ella y á ella de él; lo que dige-

ron los amigos de los novios cuando estalló la *gran noticia*, guardada en secreto absoluto para todo el mundo menos para el tilingo, á quien se lo dijo ella misma, la novia. Porque la mujer no tiene secretos para el tilingo; no le teme, como á la amiga, llena de chismes y envidias, ni como al hombre, cuya socarronería crítica la pone siempre como sobre ascuas. El tilingo, ni mujer ni hombre, ni tampoco marica, lacticinio, ni carne ni pescado, le inspira completa confianza. Toda mujer se simplifica en presencia de un tilingo, se vierte tal como es, se desnuda el alma y áun no se cubre bien el cuerpo por falta de temor; más bien enseña algo para que el tilingo lo pregone y acredite. Comunícale lo más recóndito de sus pensamientos, sus recelos, sus afanes todos; le inicia también en el bullebulle de las pasiones de su círculo; en todo el *froufrou-*

teo femenil; entér:le de las inclinaciones de cada una por determinado sugeto; y, en cambio, información por información, pídele noticias de los muchachos en general y del preferido suyo en particular, una indagatoria en toda regla, en franca intimidad, porque el tilingo es para ella su *secreter*, su canastilla, su dedal, su chiche, un alfiler de su moño. ¡Lástima grande que el tilingo no tenga talento para que nos descubriera á la mujer!

Él llega hasta su esencia misteriosa, pero no sabe gustarla; no tiene paladar sensitivo. Ante él, ante el tilingo, extiende la mujer, presentado al descuido, su mapa moral, á la vez accidentado y liso, con alternativas de fangos y lagunas cristalinas, de vegas soleadas y valles oscuros, con todos sus desniveles, con toda su deliciosa anormalidad; pero no sabe ser el tilingo geógrafo delineante de tales alti-

bajos. Carece de sensibilidad de tacto mental, de percepción aguda, de ese ligero vuelo que necesita todo seguidor del arte protéico, enano alado, de la mujer. Cuando ella se desnuda así el alma está segura de hacerlo delante de un ciego.

El tilingo nato entra y sale en todas las casas donde hay muchachas sin que nadie le exija el fin de sus visitas, como se hace con otros más feos, pero más peligrosos. Goza de los beneficios del gato de buen pelaje, que en todas partes es bien recibido. Las mamás no ponen atención en los diálogos ligeros y frívolos entre sus niñas y los tilingos. Viven descuidadas, porque saben que el tilingo vibra menos que un rabel, carece de intención, de sensaciones vivas, de energía nerviosa, de eferescencia emocional; es, en fin, la Inmaculada Concepción masculina. No hay por esto que confundirle con el tipo neutro

de la especie humana: no, no es eso, es... en fin, tilingo.

El esbozo es muy difícil, y recomiendo, por lo tanto, atención en aquella línea imperceptible que separa al marica de este género de tilingo. Y para despejar toda sombra de comprensión errónea afirmo que gusta de tener novia, tilinga como él. Suele ser ella una violeta de farmacia, de colores desvaídos y muerto perfume, llena de anemia, á quien sólo levantan desuperpétuo desmayo las sales volátiles; él es un lirio de estufa, de exterior esbelto y muertas filásticas. Son las suyas unas relaciones inmaculadas, el consorcio de dos linfatismos, instrumentos mudos, sin emociones redundantes, sin ese rojo pleto-rismo vital ni esa potente exaltación de espíritu que son juntos el rebozo magnífico de la embriaguez amorosa. Hay entre ellos, oculta y fría, cierta competencia de compostura; todo

es de una débil delicadeza; suave suave, blando blando, blanco blanco. El tilingo ama de su novia todo lo más superficial, lo más vano, lo más tilingo que tenga; y la tilinga ama de su tilingo todo su tilinguismo. La vida de ambos no es un ensueño, sino una soñarrera.

Conoce el tilingo los trajes todos de su tilinga, el número que calza, el total de horquillas con que se traba el moñete. Toda su conversación es sobre temas femeninos, salpicada de símiles que no compiten con los de Zola, el lírico del estiércol; se quiebran de puro delicados; todo plúmeo, aéreo, ténue, nubífero. Y asimismo no resulta poético; no pasa de una vacua tontería. Y es que para ser un tonto redondo se necesita cierta fuerza, cierta fuerza de tontería, desde luego, que el tilingo no tiene.

En materia de belleza femenina es fetiquista; se fija en la

pelusilla de la nuca, en la delgadez de los dedos, en la curva de las uñas, despertándole todo esto una voluptuosidad sin brío, que no le cala más allá de la piel, un erotismo sin hervores, una fiebre de gato con tercianas. Desconoce, no siente la titánica furia creadora, llena de sufrimiento inconcreto, que obra en la sensualidad espiritualizada, anhelante por libertarse de las concreciones de la realidad, creando el sentido inaudito de la existencia; esos impulsos, en fin, de la energía amatoria que se esfuerza por desenclavar la vida de su centro inmanente para ponerle alas de ascensión á lo infinito. Nada de esto siente el tilingo enamorado. Es su amor almidonado y mústio, sin potencialidad espiritual, manso y dulzón, libre de sensorios torrentes y de ansiedades ilimitadas.

Representóme la masa gris del tilingo convertida en secas

y finas virutas. Cuando éstas se le encienden da en poeta gratuito de crónica social, vertiendo su inspiración, verbo del pavismo pueril, en esas columnas que son como manuales públicos de hacer idiotas. Ellas, las crónicas sociales, constituyen el único pasto intelectual del tilingo; las lee todas con verdadero entusiasmo, y suele hallar noticias contradictorias que dan motivo de enojo á su espíritu elevadísimo. «Veamos; este diario dice que Maruja llevaba anoche en la Ópera sobrefalda color de té; y este otro asegura que era de color de naranja. ¡Qué atrocidad! Estas cosas no suceden en París ; *qué esperanza!* Aquí estamos todavía muy atrasados.» Porque el tilingo quiere ser, ante todo, parisién, de ese *cerebro del mundo* que no confunde el color té con el color de naranja.

Todo lo que padece tembleque de *chucho* poético en las suso-

dichas crónicas es del tilingo social, elemento, dicho sea en honor de nuestros más humildes cronistas, completamente ageno al periodismo. Ama la literatura decadente por ser la forma en que pueden despacharse los que quieren decir algo sin tener nada que decir. Nuestro decadentismo simbolista es puro tarareo de tilingos. Su música es de pipiritaña; sus arpeggios y *pizzicatos* son píos de pollo de jilguero *asonado*. Su lactancia intelectual se nutre tan sólo de los calostros, de la flor de la leche del periódico de *boulevard* parisién. Allí se abreva todo su tilinguismo discursivo. ¡Qué elegancia, qué sutilezas, cuánto *lino del país de Francia*, qué flores de escaramujo *en tono de re*, qué *sinfonías en azul*, cuánta *azucena sonora* y qué *liliales lirios pálidos, como pálidos príncipes de un país imposible y lillal*. ¡Ah, lilailas, lilailas, tilingos lilailas...!

¡Y lo que sueña el poeta tilingo! Unas cosas divinas, divinas, opio puro. El tilingo en sueños es aún superior al tilingo despierto. La *sonsera* aparece entónces en todo su esplendor. Y al despertar hará el opífice un acróstico en forma de ánfora griega, colocando los consonantes en las asas ¡si será pillín!, y escribiéndolo, no con tinta vulgar y grosera, sino con cerasina, ó cualquier otro jugo de unas Indias sin ubicación geográfica. ¡Oh, deliciosa flor del aire, viruta de los cielos!...

Toda su oquedad, muda por lo cerrada á la más ínfima repercusión de un eco de eco, la vierte en aquellos balbuceos sin sentido, vestida de sonoridades inocentemente disonantes, de musiquillo loquito. La vacuidad de su estado, al reducirla á expresión indeterminada, en palabras que no casan entre sí concepto alguno, causa el efecto de un muñeco de arle-

quín á quien se le hubiera dado cuerda para que hablase. Ni Dios ni el diablo pusieron sin duda vigilancia cuando en el seno de la Naturaleza, en el hidrofilacio quizá, se amasaban los componentes de este tipo de la especie tilinga. No le puso Dios sentido, ni el diablo intención ni sal la Naturaleza.

*

En oposición al tilingo social y á ratos chirle poeta, inofensivo al cabo, existe el tilingo poeta afrodisiaco, muy abundante por desgracia, el sensualista rabioso, el de los abrazos estrujadores y los besos incrustados, el inspirado á estilo del difunto *Pancho*, que sembró de hazañas eróticas los jardines de Palermo. Se le puede clasificar así: el *tilingo-poeta-panchista*, el de los sucios ardores. Su poesía provoca emociones de burdel. El artificio retórico no logra cubrir el cieno que en ella pal-

pita; aquello es un escuerzo envuelto en papel de fumar. Las transparencias de la forma externa, en las que el *poeta*, libre de toda emoción espiritual, en frío, pone todo su ahinco, hace resaltar más el contenido de escoria. Toda obra humana la tiene, pero es afán digno de todo espíritu elevado depurarla, colocando cada vez más alto el ideal, dignificando la pasión y labrando sobre los prístinos instintos la hermosa figura del hombre ascendente.

La poesía corporizada no es tal poesía; no es más que barbarie, animalidad, rimados rebuznos de garañón. El último gaucho, el último bardo de guitarra, es más espiritual, más elevado, más poeta, en fin, que este tilingo, colaborador muchas veces de nuestros diarios y revistas, inconciente de su perniciosa acción social. Y lo más repugnante que tiene su furia erótica es que está trabajada en

frío, hecha adrede para impresionar bruscamente.

Así como hay dentro del Estado un poder que vela por la higiene pública y por la ornamentación urbana, debía también de existir otra institución que velara por la estética interna y por la dignidad espiritual de los habitantes. El ejercicio de la literatura debía reglamentarse como el de la farmacopea, exigiendo la cultura necesaria y una elevada cualidad de espíritu á cuantos la cultivan, prohibiendo en absoluto que corra la inconciencia instintiva y la porquería en papel impreso. Porque no es, á buen seguro, menos nocivo el veneno dirigido á la mente y al corazón que el enderezado al estómago. Y aún me atrevo á sostener que es mejor la muerte orgánica por envenenamiento estomacal, por pudriamiento de la sangre, que la miseria mental y espiritual por envenenamiento literario. Contra el

primero está la triaca, eficaz casi siempre. Contra el segundo no hay depuración posible; la acción es corrosiva á toda la vida moral, que una vez agobiada por la miseria del espíritu, aniquilada la voluntad de ascensión, nunca vuelve á levantarse del centro del polvo. De manera, pues, que debe considerarse más atentatorio á la verdadera salud al escritor que desconoce el fondo digno de su profesión, que al boticario inepto que confunde el solimán con la trementina. De todos los tilingos es el *poeta-panchista* el único que inspira antipatía y repugnancia; los demás dan risa y compasión no pocas veces.

*

Y ya metido el tilingo en la esfera literaria, tú sabes, mi querido Joaquín, cuán divertido es aquél otro atacado por el prurito de escribir cosas colosales, estupendas y jamás idea-

das; cómo se hincha y esfuerza su impotencia para terminar la intención apocalíptica, grandiosa, en un disparate pequeño. Hay que recurrir al sintético y fuerte vascuence para calificarle: *astoputza*.

Asegura *Pío Cid*, el héroe de la admirable novela de Ganivet, que el disparate reflexivo y meditado es tan digno de respeto como la idea más sensata. Quiere decir con esto aquel inaudito y hermoso personaje, portento de la imaginación ruso-andaluza del grande y malogrado escritor, que el empeño mental, aún fracasado, debe ser tan simpático y digno de aplauso como cualquier otro empeño humano y digno. Se refiere, en fin, á los afanes que el sabio y el artista de veras ponen en llegar hasta la esencia del mundo, á su profundidad laberíntica y abismática, al eje del torbellino vital. El que tan adentro llegue, siquiera en in-

tención, puede sacar de allí una verdad ó un disparate, tan meritorio éste como la otra, porque en el centro de la vida las cosas andan muy mezcladas. Lo grande es llegar, armado de sabiduría y de genio, hasta el vórtice del mundo.

La ignorancia y la poquedad espiritual de nuestro tilingo le quitan todo derecho al disparate. No le es permitido salir de la vulgaridad de la lógica común. Se respetan los disparates de Hamlet, no los de Bertoldo. El que tiene alas y vuela, puede permitirse en el aire, sobre las más altas atmósferas, alguna pirueta ilógica, volar boca arriba, por ejemplo; pero el que sólo por el suelo anda, deben guardar sus pasos la regularidad del ritmo general. Cabe innovación en el vuelo, pero toda originalidad en el paso resulta grotesca. Ejemplo: el andar de los cangrejos, que son los animales de paso más original. Cuesta

más al artista conseguir respeto y amor para sus desatinos que para sus ideas más juiciosas. El disparate sólo es tolerable cuando es indicio de genio extravasado. Rómperse una hermosa vasija de vidrio y nos estremecemos al golpe, siguiendo á este primer movimiento del ánimo un sentimiento de pesar. Cuando, por el contrario, se rompe un cacharro, nos echamos á reír á carcajadas. El tilingo disparatador que pinto ahora es un cacharro miserable estrellado en el suelo.

Tórnase en sus manos la lira épica en destemplado y pobre rabel. Cree en lo que Alexis le decía hace años al más injustamente famoso de los novelistas franceses, al más tamborillesco de los prosadores: «en arte, el éxito se decide siempre por las notas extremas; la multitud es una mujer que prefiere ser violada á ser cortejada.» Y nuestro tilingo con afanes á lo

coloso, no sólo es violador, sino estuprador de la sensatez, del sentido común, que es lo menos que se puede exigir á un escritor vulgar, alimento mental del vulgo. Este pobre tilingo quiere ser globo y acaba en *barrilete*.

*

¿Y qué decirte, Joaquín amigo, de aquel otro que tiende á la hondura filosófica sin ser ni hondo ni filósofo? Es un tilingo grave, friamente entonado, con pugitos de omnisciente. Ni pensador ni sentidor, baraja filosofías á su capricho, como quien saca solitarios á su arbitrio. Lo peor que puede ocurrir á la filosofía, dice Hegel, es caer en manos de quién sólo á medias la entiende. Ha entrado el tilingo á ella sin método, que es como entrar en el Chaco sin previo plan de orientación. Picando aquí y allá, como pájaro caprichoso en los racimos, se ha indigestado de toda clase de mostos,

viviendo en perenne cólico misere mental. Es su espíritu como estómago embargado y dispéptico, incapaz de digerir las asimilaciones. Al pasar por sumente canija las ideas de los maestros del pensamiento, le han dejado turbia estela, algarabía y enorme confusión, y así es luego su discurrir un balbuceo corrido, alicorto y pueril. En realidad no tiene amor á las ideas maestras, directoras de la vida toda, no encontrando en ellas deleite, alto embeleso; sólo ha querido bruñir con ellas las suyas, bajando sin esfuerzo, de un sólo manotón, el sol á su topera. No es su intención correr ansioso tras del conocimiento, sino buscar despertadores estímulos para su muertã inteligencia; estudia por egoismo, sin serenidad, precipitado, anhelante de hallar la chispa que le provoque incendio ideológico. No conoce sin duda aquella afirmación, brutal por su radicalismo desconsolador, de

Schopenhauer: «no se aprende á tener talento», ó aquella otra que el clásico Rojas pone en boca de Sempronio: «yo te aseguro, Calixto, que la ajena luz nunca te hará claro si la propia no tienes.»

La inteligencia del tilingo filósofo no le sirve para nada si no es para lucirla. Desconoce aquel goce inefable que Gœthe señala en su *Wilhelm Meister*: «el que ha nacido con talento y para el talento, halla en esto la más bella existencia.» Al tilingo filosofante, cuyas pamplinas, fluxión de seso de tonto, le saben á él á conceptos de Kant, sólo le preocupa la altura que representa su figura en las mentes ajenas. Y cuando es muy tilingo, muy tilingo, ni ésto le preocupa; está seguro de que es gigantesca.

Creo que coloco mal estas dos especies de tilinguismo. Tanto el filósofo, como su anterior, el lanzado á lo formidable, es-

tarían mejor entre los *locos lindos*. Pero aquí los dejo, dibujados en tosco y ligero chafarrinón, para solaz de las gentes aficionadas á lo pequeñamente monstruoso, al colibrí de dos picos, ó á la mosca de tres cabezas, las tres hidrocéfalas.

“Intermezzo” sobre el mismo tema

Nuestra juventud, aparte de unos pocos espíritus escogidos, es inepta para el serio trabajo intelectual. En contra del talento sólido y robusto obran aquí diversas causas que intentaré explicar en breves líneas. Paréceme la primera de orden cosmonómico, natural, si vale la expresión. La altura del cielo produce vaguedad, tendencia á mecerse en el misterio sin propósito de romper su estático encanto penetrándole. Todas las razas que viven bajo un cielo

muy alto son superficiales. La dilatación del suelo inhabitado causa pereza, inercia espiritual y de mente. La pampa aplana el poder visual, el más fuerte órgano investigativo; sume los ojos en la pereza, provoca modorra, sueño soporífero, amén del canijo y enfermizo romanticismo que causa el abuso de la soledad, fenómeno tan bien observado por Zimmermann. Las *vidalitas* son la flor más delicada de la tristeza romántica vertida en canto popular. Su espíritu es inerte y fatalista, renunciador á todo empeño, el espíritu mismo del abandono. Y si hay algo que demande constancia activa, movimiento interno incesante, acrobatismo espiritual, es la investigación de la vida, de las fuerzas que obran en su múltiple giro, el estudio empeñoso, constructor de toda capacidad superior, honda y fuerte, salvo el babilonismo perpétuo en que viven

los vates, basándolo todo en la inspiración. Y entre nosotros es muy común la afición á la carrera de vate esproncedista, á esperarlo todo de los dorados polvos celestiales, de los dones divinos repartidos al azar. El maná inspirador es el recurso de las inteligencias perezosas y cándidas ¿Cómo denominar á los que creen en tales regalos? Una boca abierta esperando del cielo una breva ¿no es una boca de papamóscas? No sé quién ha dicho con razón que la mitad del genio es paciencia. Sólo con trabajo paciente, á fuerza de rumia, de afanes dolorosos, de intimo laborar, de recogido caldeo, se llega á poseer un tesoro de cultura, el más costoso de todos los tesoros. Muy contados son entre nosotros los que aspiran á tal opulencia. Úrgenos vivir la vida más que meditarla, la forma superior de vivirla. La acción exclusiva sobre ella es

como renunciar á la mayor porción de su contenido.

—

Hay también una causa de orden social y económico que influye poderosamente en contra de la aparición frecuente de verdaderos talentos. Necesitan éstos, como toda planta delicada, un medio propicio á su desarrollo, una existencia en cierto modo serena, libertada de los intereses inmediatos, y, sobre todo, eco, halagadora resonancia, influyente social. Entre nosotros sólo la fortuna consigue tales prerrogativas. La vida positiva, el predominio capitalista, absorbe toda nuestra atención. No estamos atentos más que á la fortuna de bolsillo, y no á la fortuna de espíritu y de mente, cuyo enriquecimiento, ante el otro, no representa nada, ó casi nada, aparte la consideración y el cariño (éste vale más que aquella) de unos pocos elegidos. En todas partes puede mucho

el dinero; pero aquí lo puede todo, hasta la rehabilitación del delincuente y del más grosero concusionario político. El ostracismo, el castigo colectivo, sólo cae sobre aquellos que al quedar viles no salieron de pobres.

Y este positivismo general, absorbente, que ha conducido á un ministro de hermoso talento, clásico por educación y por tendencia literaria, en extremo culto, á renunciar á todo su mundo espiritual, á lo que más puede amar un hombre de su talla, para proclamar la necesidad de una cultura utilitaria, práctica, quizá provechosa; esta tendencia general, repito, no tiene remedio por ahora. Queremos ser más cartagineses que griegos, aunque los cartagineses murieron y los griegos siguen viviendo en la vida espiritual que vertieron. Pero hoy son otros los rumbos de las energías humanas, y posible es que tenga razón mi amigo Ramiro de

Maeztu para sostener que la cultura superior de un pueblo moderno, la cultura artística y literaria, surge de la coronación de la vida económica, sobre las chimeneas de las fábricas. Esperemos, por lo tanto, que aparezcan las chimeneas y sobre ellas los literatos y los filósofos, envueltos en humo de carbón de coke y gases de alto horno.

Otra causa de orden fisiológico. El tipo de largo abolengo criollo degenera. No es de este lugar explicar las causas de la decadencia lamentable que se observa en la mayor parte de los hombres de apellido histórico, hoy aplastados por la prosperidad territorial, avasallante, de las nuevas generaciones. Y, por otra parte, los primeros frutos de la inmigración son de una evidente ineptitud intelectual, aparte, por supuesto, algunos ejemplares que no descienden de inmigrante rudo. Ni el hijo

ni el nieto de pauperista enriquecido están organizados para el talento fecundo. No pueden sacudirse la secular tradición de miseria mental que en su raza abarca desde sus ascendientes inmediatos, desde sus padres, hasta el hombre de Cro-Magnón. El primer despertar de sus inteligencias es viveza tan solo, aleteo quebrado, á quien la impotencia dota de toda clase de malas mañas. Y si éstos primeros productos son así, y los de largo abolengo nacional decaen, ¿de dónde saldrá nuestro porvenir intelectual? ¿Tendrá el clima, apesar de ser tan saludable, acción anuladora de las energías mentales? ¿Cabrá tamaña contradicción en nuestra naturaleza?

—

Otra causa. Nuestro prurito de universalización, de lo cual tiene la culpa este Buenos Aires que Dios incendie para salud de

la república Argentina. Nuestro europeísmo ha secado en el espíritu político y social la fuente de la originalidad. Estamos desencajados en corazón y mente del propio medio territorial, y toda nuestra acción padece de un exotismo lamentable. (Pluralizo por derecho de arraigo, porque si mis huesos son de otro lado, mi mente es de aquí, y quizá también mi corazón; que este perro toma gusto allí donde le tocó la edad del sufrimiento. Adelante...) Nuestro momento legislativo es puro zurcido de legislaciones. Y la vida crea á la ley, que no la ley á la vida. Murió el espíritu agrario de Rivadavia. Nuestra vida intelectual sólo de reflejos se alimenta. Y las ideas, para que sean eficaces, ideas vivas, han de ser extracción del ámbito social, arrancadas á la entraña misma de la existencia, principios henchidos de vitalidad, vivos como el seno de donde

salieron. Hay que ser idólatra de la propia naturaleza, como decía Gœthe. Del amor á ella, y por amor comprendiéndola, brota el pensamiento activo, palpitante, original, preñado á la vez de realidad é idealidad, el pensamiento que, recogido en la atmósfera del propio pueblo, lo devuelve el pensador nacional potencializado, después de llenarlo de sí, nutrido de su mente y calentado en su corazón. No hay que avergonzarse, no, de haber salido de una choza catamarqueña, ni de tener tonada cordobesa; no hay que desdeñar los elementos originarios, porque el que aparta los ojos de su suelo no los posará nunca en sitio seguro. Los pensamientos que surgen andando son los únicos que valen, decía el soberbio maestro de Basilea. Es más rica la individualidad cuanto más se haya empapado en la atmósfera social que la rodea, dándose por entero á ella, y de ella recibiendo cuanto le dé,

en refecundación mútua y constante. Trabajando por lo nacional sobre lo nacional mismo han llegado á universales los hombres de capacidad superior. Y lo nacional, téngase muy en cuenta, no es la calle Florida, laboratorio de *cajetillas* y de tilingos aparisienados. Debiéramos proclamar la necesidad de romper el cable interoceánico para mejor hallarnos á nosotros mismos, fijos los ojos en el propio solar. Tiene Buenos Aires una fatal influencia anuladora del verdadero espíritu argentino. Ha matado infinidad de almas rurales, de original bravura, así torneadas por el espíritu territorial, hombres útiles por identificación con la tierra de donde salieron; porque en la tierra está todo; Buenos Aires los ha urbanizado, anulando su condición originaria, y hay hoy santiagueño que quiere oler á parisién, y diputadillo insignificante que sin haber estudia-

do las barranquitas de su éjido, quiere tener golpes parlamentarios de órdago á la grande, á lo Gambetta, y hasta aspira á ponerse un ojo de cristal para mirar con éste á sus pobres colegas de espíritu localizado, adheridos al sentido de la tierra, y con el otro sano, de larga vista, á los *porvenires universales*.

Y, en tanto, el país sigue patas arriba. De tal espectáculo se zafa el diputado aludido con aquello de «somos un país joven». Y la eminencia no está para descender á ocuparse de los párvulos. Sin haber descendido en cultura política, tenemos hoy menos número de hombres de talla que hace treinta años. Y es que el hombre público de entonces era fruto de su pueblo, con fisonomía por éste labrada, verdadero producto social, mientras el político de hoy, en fuerza de universalizarse, servirá para la República Universal, pero no para ésta en que vive. He aquí

la causa por la cual dice el pueblo que no tenemos hombres, y dice la verdad. ¿Por qué no trabajar sobre madera propia, sobre ñandubay? Labrando en ella cabe llegar á ebanista lo mismo que trabajando sobre ébano. Pero no quieren nuestros artífices políticos poner taller propio, con procedimientos nuevos en el labrado y torneó; limítanse á cooperarios de los ebanistas europeos, clavados á la trilla tradicional, fijos en las reputaciones-faros. Y hay que hacerse faro, y no seguidor de luces. Con propias armas debe hacerse todo. David rehusaba las que le ofreciera Saúl para combatir al filisteo Goliat, diciéndole que nada le servía como su propia honda. Y en un profundo comentario sobre la actitud de David, dice Maquiavelo, el Zaratustra del revés: «las ajenas armas, ó se nos caen del cuerpo, ó nos agobian, ó nos ahogan».

Y admiramos á Sarmiento, el

gran espíritu localizado, el que afincó en su suelo piés y cabeza y corazón, el que todo lo sacó de su propio foco, el penetrador más hondo, el buzo de su pueblo, el único delineante de la iniciación evolutiva, el hombre de las recias palabras; le admiramos, sí, pero nadie le sigue. ¿Por qué? ¡Ah, porque en el fondo le tenemos por bárbaro, por poco delicado, por poco decadente, por poco bonaerense, para decirlo todo de una vez. ¡La cultura á caballo!... ¡en coche, en coche! ¡Qué falta haría el látigo de Sarmiento para sacudir nuestro tilinguismo político!

Más causas contra el talento: el desenfreno voluptuoso, que tan blandos de médula nos vuelve. Somos una raza de eróticos. Parece que hubiera alguna corriente aérea que nos metiera en los poros la atmósfera del Chaco, compuesta de las vaharadas de aquel mundo afrodisiaco.

Todas nuestras energías amatorias están corrompidas por la lujuria más desatada; nuestro culto femenino, lleno de exterioridades galantes, está apestando de impureza. El eterno ídolo lo envolvemos siempre en sensualismo. La mujer nos paga con su justa desconfianza, no creyendo nunca en nuestra pureza de intención. Nos conoce. La extremada delicadeza de nuestra mujer, la más delicada del mundo, y no es esto una adulación romántica de que soy incapaz, debía estimularnos á dignificar la pasión, á espiritualizar el juego del amor, á sublimarlo, llenándole de poderosa fantasía, que es dotarle de vida superior. Un amador sin alas es un inválido de la poesía de la vida. El amor ha de ser frescura y no calcinación, abril y no agosto, ternura y no furia, serenidad dulce y no arrebató, fusión y no posesión. Los violentos no sirven para jardineros.

del amor. Arriba la rosa, y tras de ella las alas del ensueño, un ensueño humanado, sí, pero alto, bien alto, un vuelo lleno de realidad espiritualizada; porque el espíritu también es realidad, no olvidarlo. Conjunción de embriaguez y de ensueño... ¡la pleamar del amor!

Nuestro juicio apreciador y apreciativo de la mujer es.... cómo será que no hallo palabra con que decirlo. Acercáos en un baile, aún en un baile de tono, á un corrillo de hombres solos, de mozos, *paquetes* por fuera, pero no por dentro, como dijo el poeta Gutiérrez. Escucháδες: ¿No os retiráis? Buen estómago....

Yo sé muy bien que estas palabras y otras que llevo dichas herirán muchos oídos, porque también hay una cobardía de oídos. Pero no por ello he de ahogar mi sinceridad, ni acallar el timbre de mi tono. No he de ocultar este modesto puñado de verda-

des objetivas, recogidas desde buenas atalayas. ¿Por qué tan agrio y tan duro?—diréis. Hay llagas cuya curación exige levantar el apósito y meterle en lo vivo sinapismos, cal y hierro, ciencia de veterinario. Y á los hombres de buena intención, sanos, de alto espíritu, remito la bondad de mi propósito. Y si hay exageración en lo que digo, nunca lo es el exceso de atención en la cura. No sé escribir por escribir, ni me entra eso del arte por el arte, puro deliquio de poeta tilingo. Escribo con un fin social, humano, por hacer el bien, lo digo con santa simplicidad, y no me *abatata* tu sonrisilla, *vivo* de imprenta, *lagartija* de diario.

—
Contra el talento obra, por último, otra causa de orden alimenticio: la flojera de nuestra hortaliza. La virginidad de la tierra, su mollar excesivo, hace aguachento al zapallo, y

á nosotros con él. Es necesario esperar á que la tierra se canse para que sus frutos ganen en sustancia lo que en abundancia pierdan. Hay que esperar á que el zapallo sea más nutritivo y más sólidas las patatas, alimento de intelectuales y colación de sabios. Y entre tanto, no comer *masitas* ni *manises*, ó cacahuetes (académicamente) á que somos tan aficionados y que provocan la tontería. Un hombre que anda metiendo los dedos en los frascos de las confiterías es ya por esto algo tilingo.

Y hay que ser más estudiosos, condición que no alcanzaremos sino volviéndonos más pobres. La riqueza, á la que sigue el sibirismo, es enemiga de la reflexión. La crisis actual es gran medicina para nuestro espíritu. No hay por qué alarmarse tanto contra ella, y aún debemos quedarle agradecidos si mata de hambre á los seis cientos mil

habitantes que sobran en Buenos Aires. Conviene que nos quedemos sin *segunda ciudad latina*, orgullo de los mentecatos, de los tilingos. A nuestro problema social y económico debe llamarse *Buenos Aires*; á nuestro desastre, *Buenos Aires*; á nuestra anulación, *Buenos Aires*; á nuestra ruina, *Buenos Aires*; á nuestra desaparición quizá, *Buenos Aires* también. Somos, por otra parte, demasiado ricos con estos cientos de leguas de tierra en que no hay ninguna piedra que pruebe el vigor de nuestro espíritu de aradores. La agricultura está tan atrasada porque la tierra no tiene piedras. Sólo adelanta el hombre frente á los elementos resistentes. Cuando la tierra da poco jugo, las cabezas de los hombres dan mucho. Del sufrimiento nacen más consistentes las obras que del gozo, diga lo que quiera D'Anunzio, el emporcador del clasicismo. Los

himnos á la naturaleza espléndida, al cielo hermoso y al sol resplandeciente, no son más que alborotos retóricos de meridionales, relinchos de sibarita, respingos de gozador. Somos muy ricos, repito, y no conviene serlo tanto, si hemos de tener algún porvenir en el progreso universal de las ideas.

Voto por el advenimiento periódico de las langostas, mis excelentes amigas, por que yerren nuestros hacendistas y por que no nos presten los ingleses. Creo no pedir imposibles.

No es fácil, por lo demás, en un artículo hilado á la ligera en un par de horas de buen humor, clasificar todas las especies de tilingos que dan rica variedad á casta tan bien bautizada; y aún sobre los apuntados sólo caben ligeros esbozos que mucho les falta para ser retratos acabados. La ausencia, por otra parte, de rasgos valiosos en el origi-

nal, hace inevitablemente pálido todo dibujo.

Querer hacer una sicología sobre materiales tilingos es como pretender esculpir una estatua sobre un montón de gelatina. En los centros titánicos de la Naturaleza creadora, en la matriz horrible del Universo, donde la vida hirve en muchedumbres á nacer, deben ocurrir descuidos lamentables, errores de adobo, de los cuales son irresponsables frutos todos los tilingos. Un novelista español lo achacaría á deficiencias de los trastos de crear, utilizando un símil taurófilo.

Es el tilingo en general el antípoda del vivo, y, por lo mismo, simpático después de todo; él representa los elementos desabridos y sosos de la naturaleza humana, lo insustancial, la estopa, el ínfimo matiz intelectual que nos permite ver la parte de tontería que entra en la armonía univer-

sal. Si la viveza es la inteligencia mancada, causando averías con la mano útil, el tilinguismo, excepto en nuestro poeta *panchista*, es la puericia mental perpétua y la perenne vacuidad del espíritu.

Muere el tilingo inocente de su propia inocencia. Angelitos al cielo.....

LOCOS LINDOS



Un loco lindo

LOCOS LINDOS

A César González Segura

I

“El mundo es un hospital ó una casa de locos; no hay más que deformidades y sombras sobre la tierra.» — Heine, autor de este concepto tan henchido de amargura, no conoció sin duda la airosa figura del «loco lindo», atronadora, respingosa, llena de ímpetus.

Ante un loco lindo inspírame compasión la cordura con su asentado seso, su juicio sólido, su equilibrio profundo. Porque la pena negra tiene su poso, légame de sufrires aniquilantes, en lo más hondo de razón austera. Todo lo que da mucho que pensar se hace sospechoso, decía el loco de Weimar, llevado al arrebató á fuerza de zahondarse. El buzo

de sí mismo que no hace pié en un punto del lecho de su mar, perdido está para siempre. ¿Concebís algo más atroz que el buzo loco? ¿Concebís algo tan digno de la misericordia de Dios y de la compasión de los hombres...?

Todo lo contrario de esta figura de loco, que hace tiritar á cuantos la contemplan, es la del loco lindo, símbolo gallardo de la alegría de vivir. Suele á veces hacerle guiños la gran *Estrafalaria*, la que sale de entre las tapias sombrías á reclutar los Hamlets que por el mundo andan sueltos; pero rara vez logra llevárselo en sus alas de torbellino.

El loco lindo es, ante todo, un embriagado de su propia vida, vivida en descargas, en plétoris torrencial; primavera perpétua, henchida de jugos, de brío, de verdor, de solares brillos y de tormentas estalladoras y rápidas, sin trayectoria fija en la relampagueante luz, ni compás

en los tronidos. Es su energía oleada continúa, incesante impulso, carrera sin brida. Su potencialidad vital fuerza todos sus anhelos, aseguibles todos, tangibles, á hechos consumibles, viviéndolos todos y á veces tirándolos; cuando la creación de deseos excede al tiempo para consumirlos. Idea irreductible á acto no entra en su cabeza; no se le posa en ella lo abstracto ni lo especulativo, sino lo concreto y animado, reductible á placer y alegría, á hecho saboreable. Todas sus ideas son actos en embrión. Es enemigo nato de la lentitud, del espíritu de la pesadez y del ceño adusto de la gravedad. Todo es en él móvil, agitado, repentino. Sus ideas son chispas con alas, mariposas prendidas. Toda reflexión seria ó triste (siempre es triste lo serio) morirá en su presencia, cachifollada por su rechifla. Ingenioso, zumbón, su idear es enzarzamiento continuo, concep-

ción brillante y á la vez dislocada, siempre en derechura al hecho. Posee lo que Schlegel llama una genialidad fragmentaria. En él se observa, ante todo, una gran exaltación de la individualidad, imprimiendo á cuanto dice y hace un sello inconfundible. Profesa una ojeriza instintiva á lo trillado, á las opiniones cristalizadas; es un reventador de moldes, de encasillados ideológicos y de juicios hechos. Su libertad mental, vuelo instintivo, descoyunta la lógica para tornar del revés el enfoque del juicio, volviendo así los asuntos de una claridad patas arriba. El refinamiento y vigor de los sentidos le dan percepciones rápidas, de una intensidad asombrosa, si bien cae pronto en la confusión por el ahogo de su misma vitalidad. Su luz mental es brillo de relámpago; ilumina los asuntos como la exhalación á las compactas tinieblas, sólo por un instante, para volver

luego á la confusión y al andar á bulto, á tropezones y á gritos, porque todo se le puede pedir menos quietud y silencio, que son para él un remedo de la muerte. Tiene su locura, ó mejor, su cosquilla de locura, aquellos resplandores fugaces que tanto seducían á Polonio. Ama todo lo desatado; su voluntad se destraba de toda ligadura social; á ninguna pauta se armoniza su mente, ni su espíritu se sujeta á ningun ceñidor. Nada de cárcel, aunque haya á veces un poco de comisaría, dique de su torrente. Su naturaleza superior le lleva al brinco perpétuo, corporal y espiritual, fuerte en todo, de virilidad airosa, si bien su fuerza se parece á una locomotora fuera de rieles, suelta por el campo. Es su inquietud sobra de cantidad de vida. Y no sabiendo buscarle cauce la desparrama, la tira. En el loco lindo, en el clásico alborotabailes, seduce su salud,

de donde fluyen todas aquellas energías anarquizadas por su propia plétora, la salud de potro, que es también una forma de belleza, quizá la más alta de todas, digan lo que quieran los poetas chirles, palominos del ritmo, cantores de tísicas, de *Mimis* con golpecitos de tos y mirar desmayado. Todo lo enfermo es degenerado, y ésto feo indiscutiblemente; ni lo enfermizo ni lo mustio pueden ser fundamento de ninguna estética. La alegría y la salud son los dones superiores de la vitalidad y de la hermosura, el mayor estimulante para abrazarse con amor á la existencia, consumiéndola con gusto, no como pócima amarga, sino como manjar agradable. De la vitalidad se saca fuerza hasta para morir con placer. A los débiles es á quienes más les duele su muerte. El potro muere en silencio; la oveja balando.

El loco lindo es alambre elec-

trizado que á todas partes trasmite la alegría de vivir. A su contacto cobran animación todos los espíritus, provocando la buena risa, la risa á pleno pecho, que todo lo refresca y reverdece. La risa es para el espíritu universal lo que la llovizna descolgada de una atmósfera serena es para la seca vegetación. Lluvia con iris es la alegría.

Es el loco lindo un equilibrista sobre el filo mismo que separa la razón de la chifladura completa. Quizá es el verdadero tipo humano, libremente manifestado, vertido con espontaneidad á la vida social. Posible es que todos seamos como él, locos lindos en esencia, pero cosidos á las pragmáticas, constreñidos á las convenciones de una composición empobrecedora. Nosotros atamos parte de nuestra vida, la parte más animada; él la suelta, procurándose luego el sport ó deporte de cazarla y consumirla.

En nosotros hay una cantidad de elementos vitales sin expansión, unos *difuntos bullidores* que pugnan por salir á correr, y á los cuales tenemos atados para que no descompongan el cuadro de la ficticia parsimonia. Nuestra simpatía por el loco lindo es porque admiramos su valor social para soltar al corro todo lo que tiene. Le seguimos con regocijo porque es una manera disimulada del propio desahogo, nutriéndonos de sus actos alegres á falta de valor para experimentar el gozo de sacar á escena los nuestros. Por esta causa tiene el loco lindo tantos amigos. Su trato es tonificante.

El hombre, considerado aisladamente, es sosegado; la multitud, por el contrario, bulliciosa, inquieta; por esto me parece á mí el loco lindo algo así como el extracto de la muchedumbre, un recipiente de energías de multitud.

Al llegar á cierta edad, según

del lado que resbale, dará en hombre formal (cansancio) ó en loco de manicomio, si no ha logrado consumir toda su exuberancia vital. Los locos llegan á serlo por haber vivido más que los mansos, y por no haberlo podido vivir todo, porque la consumición de vida no siguió al desdoble de ella. Hay que saber *comerse á sí mismo* para estar siempre cuerdo.

En cualquiera de los dos casos, vaya al manicomio ó entre en la formalidad, desaparece la figura del loco lindo, dejando en la sociedad en que actuó grato recuerdo de sus hazañas, de sus dichos, de su alborotada juventud. El eco de su alegría será perdurable en el espíritu de sus condiscípulos y coetáneos, que le recordarían siempre con interés afectivo al revivir su propia mocedad, cuyos mayores goces fueron por él provocados. Con los brazos abiertos y en la boca la risa le saludarán don-

de le encuentren: «¡ah, loco lindo!» Es como un grito de ánimo venido de lejos, una exclamación brotada de la juventud reverdecida un instante, dando frescura á las secas horas presentes, preñadas de zozobras. Si ha entrado en la vida regular, en la vulgaridad regularizada, se interesarán por su familia, por sus negocios... «¿Y... compañero...?» Y el loco lindo, en un raptó de alegría loca, vestigio de su modalidad juvenil, hará una frase breve como la misma pregunta, sintetizando en un concepto dislocado, paradójico y festivo, toda su situación, en robusta caricatura; porque necesario es ser muy fuerte para llegar á saber reirse de sí mismo. Nadie tiene derecho á reirse de los demás mientras no se haya reido antes un poco de sí mismo. Esto último cuesta mucho; lo primero, poco. El aficionado á lo poco, vale poco, y el aficionado á lo fácil, menos.

Si el loco lindo hubiera muerto, víctima, como suele ocurrir, de sus lindas locuras, siempre la sombra de su airosa figura vivirá en la memoria de sus amigos. De su pasada y muerta alegría se nutrirán los místicos que sigan viviendo, y del recuerdo de sus alborotos cobrarán animación los apaciguados. Porque sólo á los que tristemente vivieron sigue á su muerte el inmediato olvido, muerte de la muerte, que dijo el poeta, sin saber cuán fecundo es el olvido. Lastre de pesadez es la recordación para la barca de la vida. No hundiéndose sus olas, sino á caballo sobre ellas se debe navegar.

El loco lindo vive, por lo menos, tanto como aquellos que le conocieron; se parece en esto á los buenos tenores

Y si por acaso, en fin, ha ido á dar al manicomio, su desgracia, mayor que la muerte al decir de Jesús, hallará eco de honda pesadumbre en las almas de

cuantos gozaron de su trato. El salto de loco lindo á loco de manicomio inspira más piadosa simpatía que el salto de la vida al sepulcro. Al pobre se le resolvieron todos los eslabones de aquella cadena que tanta vida abarcaba.

II

Cuenta la especie con variedad notable de tipos, no todos simpáticos. El loco lindo temerón, fronterizo del *compadre*, individuo soez, agresivo, bruto, en fin, es en extremo repugnante. Generalmente es satélite del loco lindo, á quien desea imitar; pero como no tiene ingenio, ni gracia, anhela distinguirse en el grupo por sus barbaridades y atropellos. Es un verdadero igorrote, de mal fondo, que goza dañando; el descrédito de la clase. Carece de los buenos sentimientos del verdadero loco lindo; sus bromas son torpes, incultas; sus dichos, deslabaza-

dos, sosos. Suele ser forzado, desarrollado en la gimnasia, y todo lo que tiene de torpe y achatado su entendimiento, lo tienen de ágiles sus músculos. Por su soltura y su constante coceo es la representación humana del bagual. Envalentonado, provocador, díscolo, opresor con el débil, suele terminar su carrera de loco brutote á manos del loco lindo que para todo sirve. Con una tunda muy teatral y muy sonada, ducha que le torna pacífico para siempre, queda eliminado el *loco-zulú* del círculo del loco lindo. Las locuras en cuadrilla pierden así su lado dramático y sangriento, antipático y repugnante.

III

El loco lindo de alta sociedad, terror de los tilingos del mismo ambiente, es un tipo interesante. Por lo común es solterón, pacífico ya por ese pudor que entra

á los cuarenta años. Se sabe de memoria nuestro mundo elegante, el origen de todos sus miembros. Fué mal estudiante, aunque *caloteador* de notas altas. Los que después han sido notabilidades eran entónces unos zoquetes al lado suyo, si se juzga por las clasificaciones; él le dió al que luego fué ministro de relaciones exteriores un Fiori extractado, en píldoras, que le permitió salir adelante en el intrincado derecho internacional. Al fin, cuando las trampas se hicieron imposibles, dejó la carrera, ó mejor, la carrera le dejó á él. De joven fué loco lindo de calle, de teatro y de bailes del Politeama, desdeñando actuar en la sociedad en que nació. ¡Qué cuadrillas las que bailó un año con una francesa, *que la trajo otro* de París! *Chauffer! uh! lalá!* Un dia se cansó de andar haciendo el loco lindo por calles y teatros; se reintegró á su mundo, entrando en él con forzada compostura. Estaba

decidido á buscar novia, á entrar en la vida parsimoniosa y ordenada. Y de un solo impulso se espiritualizó como nadie. Pero ninguna creyó en aquella mina de sensibilidad exquisita. Gustando á todas, porque siempre seduce á la mujer el hombre ruidoso, no hubo una que se atreviese á correr el riesgo de convertirse en loquera por toda la vida. El loco lindo siempre es inferior á su reputación entre las mujeres. No les gusta á éstas el hombre muy sensato, pero temen al anormal; por esto es su preferido el más vulgar, que es quien más seguridades de felicidad las ofrece. *Hedda Gabler* es una ibseniana fantasía psicológica, visión de dramaturgo, sin sabor de mujer, ni áun de mujer noruega.

No sabe lo que se perdió aquella temerosa que, gustándole, no quiso asociar su vida á la de nuestro loco lindo; un hombre brioso, experimentado,

audaz, soñador, alegre, amoroso, vencedor de la vida, una *pichincha*, señorita, se perdió usted, que á lo mejor estará casada con un tilingo, muy bonito y muy tonto, incapaz de saborear y de dar sabor, un insulso libador de la vida.

A vuelta de las calabazas, á curarse de su maleficio, de las heridas de amor y de amor propio, se enterró nuestro loco en su estancia por espacio de media docena de años. Y allí se libertó, en el lecho de una mujer de los campos, de la tiranía femenina, de su estado melancólico y estático, alicaído, fortaleciéndose á su contacto con la naturaleza cruda y libre. El buitre del escepticismo no hizo presa en él. Era demasiado robusto para que le tumbara un espiritualismo enfermizo, turbador, que convierte en finalidad de horizonte un fracaso amoroso. Su rica mina pasional no podía agotarse por la extracción de un

solo filón. Acusa gran pobreza de pasiones el morir por una sola, estrechada toda la vida á un solo recinto, acoquinadas en en un solo sitio todas las energías del espíritu. Cuando una mujer ocupa todo un hombre, bien poco cabe en él, aunque por ello cuente con los repiques entusiastas de un Petrarca.

Sacudióse el loco lindo su morriña, surgiendo potente su voluntad de dominio. Todo cuanto en torno de él vivía cayó en dependencia suya. Y se expandió trabajando con sorprendente ahinco, porque, cuando al loco lindo le da por prenderse al lazo, vale por diez. Es un chalán insuperable, despierto para los negocios de campo, muy entendido en las labores pecuarias, una verdadera fuerza progresista. La locura se le resuelve en actividad útil. Es como el torrente despeñado medido en turbina.

Al cabo de los años, reconstrui-

da de paso la fortuna, apareció de nuevo en los salones, trayendo á ellos un soplo de gauchismo, mirando con desden al debilitante *firuletismo* urbano. Su presencia es reconfortante; lo único propio, localizado, fuerte y simpático que aún se vé en nuestra aristocracia terrateniente, bonaerense, decadente, de voluntad tullida. Buenos Aires tiene un poder enorme de anulación del espíritu territorial argentino. Lo más hondo de la evolución criolla es la lucha sorda entre el alma de la pampa y el alma de Buenos Aires. Oíd en los *clubs* las frases desdeñosas con que el loco lindo moteja al espíritu bonaerense, tildándolo de «pueblero» es decir, flojo, sibarita y degenerado, que todo esto quiere decir la despreciativa locución gaucha.

En las reuniones de tono se le vé recostado en los marcos de las puertas, el cuello tostado por el sol, rojo, henchido de

sangre circulante, peludas las manos bajo el guante blanco, unas manos de conquistador, de domador de potros y dominador de hombres, endurecidas en brava pelea. El rigor y la aspereza, maestros de todo desarrollo vital, le han acrecentado su voluntad dominadora. Toda superioridad del tipo humano brota entre espinas. Hay que aumentar las espinas del mundo, porque el hombre es la única planta que crece en la aridez. A martirio de martillo se forja el hombre de acero.

El loco lindo que pinto ahora, capaz de descornar vivo á un toro, es encogido en sociedad, con la mujer sobre todo. Los pequeños cuidados del pequeño ingenio no entran en su moldura cerebral, de ruda naturalidad. Su desgarbo físico y mental acusa al hombre de acción que no se ha ocupado de artificios y perfiles. Bajo el pantalón ceñido se adivinan las

bombachas de montar á caballo; bajo el frac el poncho; los zapatos de charol están pidiendo *espuelas nazarenas*; el peinado se le insurrecciona en greña. Y apesar de todo, ¿qué ventajas de cultura le lleva uno de nuestros muchos *fosforitos*? Él ha reducido su cultura á cultivo; superior cultura! mientras que éstos últimos sólo por sus corbatas se destacan de la plebe urbana, de la más inferior de todas las plebes. Más, mucho más que nuestro parisienismo, vale su *currumalanismo*.

Entre los antiguos amigos es su conversación de un naturalismo crudo, con tufillo de potrero; se subleva contra los progresos del lenguaje urbano, que él califica de *galleguismos*. El silbido serpentino de las eses de la Guerrero se le hace insoporable. En el fondo, en pensamiento inconcreto, tiene por antipatriótico el hablar bien. Créese en lo del idioma nacional,

que en el fondo es antiespañolismo vivo. Es anticonfraternizador de una pieza; y en este sentido el tipo es legión. Ya lo saben los verbosos hispanoamericanos de todas esas enormes farsas congresiles tan llenas de ternura, de melaza fraternal.

Si á nuestro loco lindo se le acerca á conversar algún hominico, algún tilingo, de hablar alambicado y purista, de esplendorizada labia, cautivo de la retórica, *esperanza* de la oratoria nacional, déjale helado con un profundo desdén: «¡andáte á macanear al Ateneo!» — Sus críticas son intrasladables; están llenas de símiles rurales, de *tropos pecuarios*. Vé la estética femenil á través de la naturaleza auténtica, con tal vigor de crudeza, que sólo con pinzas se puede tomar lo que dice. Asimismo tiene su lenguaje no poca gracia, una gracia basta y á la vez profunda que

no desdeñaría cualquier griego de las edades primitivas, cuando la pureza del desnudo no avergonzaba á los corazones inocentes.

Conoce el origen y estado de todas las fortunas que allí lucen. Para los elementos que la inmigración próspera aporta á nuestro mundo de gran tono, formando esa aristocracia de aluvión, adinerada y boyante que va anulando á la aristocracia histórica, tiene el loco lindo ocurrentes frases: «¿Ves esa po-tranquita tan linda?... pues pertenece á la aristocracia de la *vela inflada*; su abuelo fué marinerero del antiguo muelle de pasajeros. El día que sus hijos no le dejaron mojarse como un pato, se murió. Aquella otra, la rubia, pertenece á la *aristocracia del sifón*; su padre fué un francés sodero. Y aquellas otras, las de Zaldierna—*fijáte* que linda cria—pertenecen á la *aristocracia del tarro*; su abuelo fué

un vasco *tambero* que le mataron los hijos al quitarle la boina y meterle en un palacio. Los gringos ¡¡amiiiigo!! — clama el loco—se nos están quedando con toda la platita, y las familias *bien* no tocan ya pito.

Y al loco lindo, de abolengo histórico, le dan ganas de echar á correr á la estancia, á disputar á los gringos el imperio económico. «¡No se duerman, compañeros!» — *sabe* gritar á los descendientes de legisladores tucumanos. Es un tipo simpático, fuerte, útil. Quizá ha salvado á toda su familia de la voracidad de las razas de presa. Quizá levantan sus hombros generosos todo el lucimiento de los suyos. Quizá es por él tirado el coche de sus lindas hermanas morochas. Yo te saludo, fuerte loco lindo. terror de los tilingos...

IV

Señalé en el artículo anterior un *anfibio* de tilingo y loco

lindo, ni bastante tilingo, ni bastante loco lindo; pero aquí le meto, que fuera lástima se perdiera este símbolo de la agitación infructuosa. Es lo que podríamos llamar el *loco lindo bullebulle*. Se halla atacado por la neurósis del brillo social, político y aún de calleja. Es abonado diario á la crónica mundana; las prensas gimen bajo la repetición constante de su nombre. Parécese, en estar en todas partes y á todas horas, al alguacil de Diós sobre la tierra. ¡Que piernas! Lástima grande que la cabeza no acompañe á las piernas. La cabeza se la deja siempre olvidada por tanta prisa. Y cuando la lleva, sólo es por via de ornato, por pura estética orgánica. Es hombre múltiple; su figura se refleja en la sociedad como á través de un espejo de muchos cuerpos; aquí, allá, en todas las mesas, en todos los festejos, bailes y exequias. Siempre co-

rriendo, aunque no hace falta en ninguna parte. Tiénese por eje esencial del mecanismo del mundo. Su personalidad es como la paja; parece que lo llena todo, y, en realidad, no llena nada, ni pesa ni nutre nada. Sus esfuerzos de notoriedad le han convertido en un loco lindo lleno de movimiento infructuoso, de agitaciones en el vacío. Salió de las canteras de la Naturaleza destinado á cornisa de adorno, no á columna; su papel es decorativo, nunca influyente. Es como la cenefa de la sociedad, el *paspartú* de todos los cuadros. Su vida es una estela sobre la espuma; se borra apenas nacida; va, vuelve, torna, sin bajar ni subir, quedo, mas inquieto siempre. No puede llegar á más, ni á menos. Tiene la viveza de ensalzarlo todo, hombres y cosas; todo lo aplaude y alaba, con el oculto anhelo de que le devuelvan las celebraciones y algo de lo mucho

que él concede. ¡Lástima que todo lo que él dá carezca de valor! Es cultor del pueril jueguito de las resonancias mútuas, aunque lo suyo, su ruido, muere sin eco. Pone en todo una actividad aspaventera, energías dislocadas, calor de fogarada; es, en fin, la caricatura del entusiasmo, el *loco lindo bullebulle*.

V

La política tiene también su tipo en la especie. Y aún hubo un tiempo en que fueron locos lindos todos los mandatarios. Y quién sabe si no tendremos que volver á ellos nuestros atribulados ojos y suplicarles que vuelvan.

El loco lindo en política, el clásico, podría caer por su fantasía trágica bajo el estro épico de Esquilo. Es asaltador de urnas, sitiador de atrios y guerrillero de campanario; una fiera. Para él es la política un *sport*

cinagético, una montería de electores, donde á la vez ejercita las dos facultades propias del cazador, la trampa y la puntería. El sufragio universal, en su sentir, ya que, dado á la acción, pensar no puede, es puro mito. una teoría poético-democrática. En su cabeza guerrera no hay doctrina electoral, ni libertad de sufragio, ni todas esas palabras rimbombantes que brotan de las imprentas. Allí no hay más que recuerdos épicos de las revoluciones, de la leña dada y recibida. Y, para el porvenir, planos militares de la iglesia, de la torre y de todas sus troneras, una estrategia de vencejo. Su teoría es teoría de barrio, amasada de odios, caldeada en el club de la parroquia. Anhela alcanzar una definición cuyo sentido no penetra, y aún ignora si tiene sentido. Es banderizo, gibelino ó güelfo, agramontés ó beaumontés, capuleto ó montesco, cívico nacional ó

cívico radical. Cree que estos motes, estas etiquetas esclavizadoras, encierran ideas, fines colectivos, esforzándose en reducir á programa de ruta política lo que sólo es odio al vecino. Su afán es que suba su amigo, por simpatía altruista ó por la pitanza prometida. Y por él, por su amigo, dejará el cuero sobre el mosaico del átrio: «*pa* eso es»—dice con bárbara generosidad, convencido de que el animal que cubre su cuero llena de este modo una misión honrosa. Quizá tenga razón; quizá no sirva para otra cosa. Hay existencias que vienen al mundo para exclusivo mantenimiento del espíritu trágico. Es su vida una tentación constante á la muerte, una vida terrible. Su programa, acción pura, contra los enemigos políticos, es este: «los tenemos que hacer... etc.»

VI

Tiene otra variante el loco lindo en política; es el que hace donación de sí mismo, dándose todo é indiviso á un prohombre, de un modo personal, casi físico. Es un idólatra, un secuaz fanático, dotado de un sentimiento de fidelidad canina. No sabe lo que piensa ni lo que quiere su hombre, ni de averiguarlo se ocupa; él sólo es la lapa de aquella roca, su testáceo, su más dura adherencia. Ha renunciado á su vida mental y espiritual, trasladándola á su hombre. Lo que éste hace y dice parecele al secuaz que sale de sí mismo; no vive sino como ingerto moral de su ídolo. Con él y por él peleó el año tantos, y después, y más luego. Su vida es toda ella recordación de horas duras pasadas junto á su héroe, en cuya intimidad adquirió la noción, no de sus ideas, sino de su valor, de su aire

de la gallardía de su espíritu militar, (su ídolo suele ser general). Es un inconciente esteta de la plasticidad; exaltado además por los sentimientos generosos de su hombre, por los rasgos de nobleza que haya tenido. Alguna vez estos rasgos perjudicaron al secuaz, pero no por eso decreció su idolatría; al contrario, ello dió ocasión para que la figura se elevase á los ojos de su alma. Hay una voluptuosidad recóndita en todo martirologio por amor. Es un adicto de entraña. La idea, la filosofía, el hallazgo genial de la mente son incapaces de formar este tipo de prosélito, fanáticamente fiel, constante como la estrella del norte ó los cimientos de un convento, este loco lindo que lleva su locura hasta matar su individualidad Vive exclusivamente del calor del foco de su prohombre, de sus irradiaciones, nutrido de sus reflejos. Muerto el héroe... ¡las tinieblas!

VII

Hay también el loco lindo *jupiterino*, el viejo militar, domesticador de indios, el dique de la horda. Vé nuestra civilización como obra salida de su lanza. A no ser por él, los onas y los querandíes atarían aún hoy sus caballos á los plátanos de la plaza Victoria. Viejo, seco, anguloso, de larga pera, pasa por las calles de Buenos Aires en silencio salteño, un silencio augusto, profundo y grave, sin comprender este londinense ajetreo nuestro, esta guerra sin sangre, aunque no menos feroz que la suya. Al contemplar la ciudad se le agiganta su obra; en realidad no la creía tan grande. "Y todo por los gringos" dice, sin ruido de palabras. Y al sentir en su vida doméstica el egoísmo opresor de los gringos, su dominio económico, su codicia sórdida y su indiferencia al paso del héroe, éntranle ga-

nas de correr á la frontera y soltarnos la horda.

Tiene profundo desdén por los militares jóvenes, de escuela, y por cuanto saben «esos *cajetillas* de Ministerio. puro parte, amigo.» Por los instructores extranjeros siente igual desprecio; no son más que «pura parada» Y agrega: «que vayan allá, á la frontera, y ya verán cómo cantan *pal* carnero con su jugueto de sable.» Quizá tenga razón; una cosa es en la alfombra y otra muy distinta en la selva. La guerra es sorpesa, azar, y no se mete en escuela lo imprevisto. A su juicio, Molke es una fantasía gringa; en el Chaco valdría menos que el último de los *milicos*. La guerra verdadera es para él cuerpo á cuerpo, lanza á lanza. Aunque no lo dice, siente cierta repugnancia por el mauser, que mata á distancia, en frío. Nunca ha visto clara su misión civilizadora, creyéndose más bien

un defensor de la propiedad de los gringos, á quienes, en el fondo, quiere peor que á los indígenas. Estos, á su juicio, como hijos del suelo, tenían á él mas derecho que los llegados de allá, de quién sabe dónde. Poseía el indígena la felicidad del animal, y el progreso colonizador, cuya misión debió ser hacerle desgraciado como hombre, le ha dejado en animal desgraciado. No entiende bien el héroe su misión, el espíritu que la informa, pero sigue luchando en pró de los que le són menos simpáticos, porque así se lo mandan y por creer que para guerrear ha nacido; “ ¡por la patria!,, —clama, buscando asidero á su entusiasmo militar, aunque piensa luego, de un modo inconcreto, que sólo es su lanza instrumento de despojo, quitando la tierra á los naturales de ella para dársela á los extraños. No está tan loco. Su desmadejado espíritu gaucho,

de ritmo indolente, se aviva al hablarle de sus años de verdor y de heroísmo. Queda, en oyéndole, la duda de quién civilizó á quién: él á Namuncurá, ó Namuncurá á él: ó ni uno á otro.

VIII

El loco lindo popular, el de las confiterías, teatros y bailes de medio pelo, goza entre nosotros los prestigios de una institución secular. Hijo de familia *bien*, influyente, sus alborotos gozan de completa inmunidad. Las triples, cancanistas y todo el zarzuelismo le temen más que á un pedrisco. Lo más emocionante que se vé en el Casino es la mirada implorando piedad que las humildes artistas dirigen al palco del loco lindo; él conduce la opinión casinesca; inicia los aplausos ó provoca las tormentas. El escándalo colectivo depende de su voluntad. Ríe, grita, pateo, desbordándosele la vida pletórica de ganas de

vivirla; una vida inceñible á educación, indisciplinada, bagualesca. Tiene un orgullo localista colosal; para él Buenos Aires es su casa, su propia habitación, donde puede darse el libre placer de todos los respingos. Cuantos infelices llegan aquí á vivir de un arte inferior, tómalos el loco lindo como bufones de su pertenencia, haciéndoles sudar y llorar el dinero que les paga. La jauja de América para los artistas del género chico, de cancán y seguidilla, tiene esta contra del loco lindo. De entre tal espectador sale el humilde artista hecho un guiñapo, sin carácter, ni altivez, ni dignidad alguna. Su vida escénica seguida por el terrible loco lindo parécese á la del perro rabiata-do, jolgorio de los transeuntes.

Después de los teatros, á última hora, los sábados particularmente, va á los bailes populares, al del *Orfeón Gallego*, de la *Juventud victoriosa del Sud*,

ó de los *Napolitanos unidos*. Atropella á toda la comisi3n que est1 guardando la entrada, custodiando á los que bailan; se pelea con todos los miembros de la respetable Junta, que tienen el pecho lleno de insignias y cruces, premios sin duda de las batallas reñidas al loco lindo. Para 3ste, los *gachyegos* y los napolitanos no son gente, ni deben gozar derechos civiles, ni danzantes.

Otras veces engaña á los custodios del baile con una invitaci3n falsa; se cuela con la china en la sala y «¡d3le corte, amiiigo!» La Junta se alborota, encrésparse el mar de la Coruña, baja al pueblo la hostilidad hist3rica, el antagonismo vivo entre el gallego y su hijo. El secretario, un robusto mozo de Pontevedra, que se ha ganado el puesto con sus puños, en lides formidables con los locos lindos, dá el primer empuj3n; gritos, chillidos, *flauteadas*, pitidos de vi-

gilante, algún tiro al aire... viene el oficial á galope tendido. La justicia militante, á caballo, no se pone abiertamente de parte del loco lindo, pero le protege bajo cuerda. Se lleva á la comisaría al loco, y con él al presidente y al secretario; éstos se quedan allí toda la noche, mientras el otro «¡qué diablo! es un loco lindo!» Y lo echa el comisario á la calle, acordándose de que él también, allá, por el año 80... «¡la gran flauta!...»

El tipo alborotabailes es, en fin, demasiado conocido para que moleste ahora la atención haciendo sobre su espíritu alocado y tumultuoso un ensayo de viviseccion.

CONCLUSIÓN

La joven energía espiritual, energía inocente de sí misma, que posée el loco lindo en general, le ha independizado de la tiranía del juicio público. Está por encima de todas las reglas

menudas é inquietantes que forman la trama sutil de las relaciones sociales. Atento solamente á vivir tal como él siente su vida, á derramarla íntegra, con su modalidad tormentosa, no escucha, aturdido por el propio estruendo, el zefirillo crítico que le envuelve. Vive en la sociedad como si estuviera sólo en el mundo y pudiera, por lo tanto, hacer en él lo que le viniera en gana, como sobre campo de orégano. Vive todo lo que tiene en sí, lo bueno y lo malo, lo feo y lo hermoso, vertiéndolo todo inclasificado y en montón, con una sinceridad encantadora. Es toda su vida instintiva, libertada de toda traba, de toda esa jaula de juncos en que se ha metido la existencia social. Nunca se detiene en consideraciones de lo moral y de lo inmoral, entregándose por entero al contenido de ese moderno concepto que se llama *amoral*. Suelta á juego todas sus aptitudes, to-

dos sus dones y pasiones. No hay en su máquina orgánica ninguna rueda parada, ni quieto ningún impulso de la economía de su alma.

El contenido del mundo se vería aumentado seguramente si todos arrojáramos al juego de la vida general nuestra parte de locos lindos. La uniformidad del tipo por el labrado social, por la acción de ajuste en la decadente cultura moderna, ha empobrecido toda la vida colectiva. Sólo es pintoresco el baile cuando cada uno baila como le da la gana. ¿Que proclamo el desórden? El desórden en paz me parece la forma de vida más interesante, y mucho mejor que el orden en guerra. No es creíble que el mundo fuera más dramático el día que cada uno hiciese lo que le diera la gana. La causa del aspecto trágico de la vida actual consiste precisamente en que sólo unos pocos hacen lo que les dá la gana. contra el deseo

de todos los demás que aspiran á lo mismo. No hablo del todo en broma.

Además de crecer en contenido el mundo al dar expansión á nuestro interior de loco lindo, crecería también en originalidad, pues entónces la diferenciación espiritual aparecería á simple vista como la diversidad de rostros. Y, por otra parte, el mundo ganaría en verdad ostensible, en libre verdad, porque lo más verdadero del hombre es todo lo que esconde.

La civilización trabaja por la obtención del tipo social, uniforme, en contra de la naturaleza que dá la infinita variedad individual, poniendo en cada uno el grano de sal de su originalidad. Contra este grano de sal, de locura linda, está la religión, el dogmatismo filosófico, las convenciones sociales, el nacionalismo y todos los principios de uniformidad de vida, de acoplación universal, todo lo cual tiende á

la reducción del individuo, que no se atreve á desdoblarse, poniendo en libre ejercicio la vitalidad que trajo al mundo. De esta ocultación individual, de la muerte de tanto elemento propio, de tanto respingo de espíritu, ha nacido la evidente vulgaridad de la vida colectiva, la insoportable democracia, la igualdad, el achicamiento del arte y de la filosofía con su media docena de escuelas determinantes, apriscos de todo el borreguismo pensante.

Levantemos un poco el temita para concluir. En filosofía, por ejemplo, en la moderna, sobre todo, en Schopenhauer y en Nietzsche, los reyes de la especie pensante, lo más verdad y lo más original es aquello por lo cual todos los demás filósofos, los pobres dogmáticos, asidos á sus esquemas, les tienen por *locos lindos*. Allí donde está el derrame, el revertimiento confuso de toda la existencia, en vuelco revuelto lo claro y lo tur-

bio, el sol y las tinieblas, lo misterioso y lo transparente, lo puro y lo impuro, lo alto y lo bajo, en el estupendo Nietzsche, Dios y bestia, hombre total, allí está la verdad viva, original, honda, indefinible y compleja como el mundo mismo.

Al acertar su genio colosal á verter la totalidad de su vida superior, dió con ello toda la filosofía encerrada en el hombre, sin eliminar elementos, íntegra, lo mismo que Juan Pablo dió la mejor definición de la estética. *haciéndola*.

El loco lindo, por lo demás, es... no reirse... un maestro de libertad. Los pudores pueriles no le ahogan, ni nada de cuanto en él vive se le convierte en objeto de vergüenza cristiana ó social. Expande su vida tal como la misteriosa Creación se la dió, sin quebrarla ni reducirla. La cultura mal entendida no le corta ningún tallo, ni le seca ningún jugo. Todo es

en él verde, florido, abril hasta morir. Es un luterano inconciente en querer, como el maestro, extender el paraíso á toda la tierra.

Sólo aquellos que tristemente han vivido, disciplinada su infancia en un hogar rigorista, sometidos á ser copias de sus padres envejecidos; labrados luego sus entendimientos en una filosofía triste, desesperada, negadora, crucificante, y que después, en la vida real, como consecuencia lógica de su miserable ideologismo, todo ha sido caídas, derrumbes, pena negra, hiel y cicuta... sólo ellos saben lo que hay de feliz en ese tipo que en lengua popular se llama loco lindo, todo gozo, acción y vitalidad entusiasta de sí misma. Y cuando ésta decline libre en el curso recorrido de todo veneno de alma, quizá sea el único á quien le sorprenda su último sábado en aquellos goces tranquilos que

para sí deseaba Alonso de Aragón:

*Vieja leña que quemar,
Viejo vino que beber,
Viejo amigo á quien hablar
Viejo libro que leer.*

Y siendo una parte de cuanto ha visto, como dice Tenyson, y teniendo, por otro lado, solamente ojos para ver lo alegre, si no ha vivido en consonancia con el Evangelio, cuyas tristezas nunca le calaron el ánimo, lo habrá hecho con arreglo al mayor regocijo, y eso irá ganando si los ultramundistas se equivocan sobre la ubicación ideal de la gloria absoluta.

El loco lindo es el antihamlet, personaje que se le olvidó á Shakespeare en su filosofía intuitiva sobre la chifladura sublime. Sólo para aporrearse los sesos contra los muros del misterio nació Hamlet; empleó su vida en reducirla á negra reflexión, lo contrario del loco lindo que la convierte en risa y respin-

go. Para aquél fué todo solimán el contenido del mundo; para éste miel; para uno, tragedia; para otro, baile. No hay mano oculta que reparta cilicios; se los fabrica uno mismo y se los pone por propia voluntad.

Se distingue del loco lindo universal el nuestro, el bonae-rense, por una mayor libertad de acción que le dá la sociedad en que vive; por su caliente meridionalismo, por su imaginación rápida y por aquel orgullo localista, antes mencionado, que le anima á expandirse como sobre campo propio. El medio le es completamente propicio; cuenta con las simpatías de todo el mundo, con el aplauso general y aún con la tolerancia policial cuando el exceso de buen humor se le resuelve en acometividad. Los comisarios, representantes del código á caballo, y los locos lindos, son casi hermanos. En la familia, bajo la reprensión apa-

rente, vé el loco lindo la satisfacción de su padre, enorgullecido de la vitalidad de su obra, y de sus pacíficos hermanos que creen recibir algo de la gloria popular del loco. Para la madre, que le idolatra, es una zozobra constante, una zozobra dulce, porque también ella le quiere así. El loco lindo es el Benjamin de la casa.

La mujer, amadora del peligro, también le tiene afición; vé en él mayor cantidad de hombre, un poseedor robusto, audaz, osado, como á ella le gusta. El hombre de juicio grave y sereno resulta aburridor á la mujer, que no le gusta, según Quevedo, acostarse con textos de Séneca. De aquí la rabia que la tenía Eurípides, el cual, entre paréntesis, era muy feo. Es para ella objeto de agradable vanidad poder amansar al potro entre la tela de araña de sus recursos seductores, y colma su afán de dominio femenino el tender á un loco

lindo á sus piés. Se ha escapado de tantas...!



La exaltación de su individualidad, lo repito, es pasión viva del loco lindo. Un amigo mío, profesor del Colegio nacional, me ha contado un caso que sintetiza mi afirmación. Entre un grupo de sus discípulos, chiquillos aún, había uno que se distinguía por sus hazañas escolares, travieso rebelde, turbulento. Un día, previos algunos contoneos *moreirescos*, exclamó en el corro de sus condiscípulos: «¡una gran flauta, quién fuera tuerto!»

—¿Para qué?—preguntaron á una los otros.

—*Pa* que digera la gente: «¡ahí va el tuerto Gabino...!!»

¡¡¡Ah, loco lindo!!!.....

OBRAS DEL AUTOR

Teodoro Foronda

(Dos tomos)

Novela colono-americana; \$ 3.50

La Maldonada

(Un tomo)

Novela argentina; \$ 2.50

En preparación:

El Avión

(Drama en tres actos y epílogo)

